

por José Ma Millás-Vallicrosa.

Uno de los valores de que puede enorgullecerse la cultura judaica, en legítima concurrencia con las otras formas de culturas, es el de su gran poesía religiosa. Por encima de sus filósofos, de sus científicos, de sus técnicos, culmina aquella poesía, y ella nos dará un acendrado trasunto del espíritu judaico en lo que tiene de más auténtico; espíritu que guarda, silente y suplicante, pero activo y dinámico, las velas del Señor. Y España ha de sentir toda la gloria de que en su suelo floreció aquella gran poesía hebrea, de la que no dudó en afirmar Menéndez y Pelayo que podía parangonarse con la de Aurelio Prudencio Clemente y la del Dante.

A lo largo de su historia el Judaísmo, al ~~xix~~ igual que las otras religiones, ha tenido que defenderse de los embates de sus enemigos, así internos como externos; tanto como el Cristianismo, y aún más que él, por ser el Judaísmo una religión falta de una verdadera autoridad dogmática, ha padecido de los reflujos de las ideas. La Biblia, el Salterio, va llena de las asechanzas y argucias con las que espíritus fuertes turbaban la piedad de los fieles. Y cuando el pueblo judaico fué aventado por todos los ámbitos del orbe romano hubieron de multiplicarse aquellas crisis de fidelidad, a pesar de los esfuerzos de los rectores de la Sinagoga, dirigidos a acotar la vieja posición tradicional, a través de los climas más opuestos. Del medio ambiente doctrinal, científico o literario, se tomaba lo que parecía compaginarse con aquella posición cardinal, pero con una escala de módulos que iba desde una exégesis pacata hasta la asimilación completa.

Talmente pasó cuando las aljamas judaicas de Oriente y de Occidente se tropezaron con el racionalismo pagano que se respiraba entre los escolásticos musulmanes en forma de un aristotelismo neoplatonizante. Presentábase revestido con todo el prestigio de la ciencia antigua, de los sincretismos de diversas culturas, pero en él había una oposición irrefragable respecto de la esencia del testimonio bíblico. Es gloria de los autores hebraicoespañoles que, por regla general, no se dejaron seducir por este intelectualismo y comba-

tieran o frenaran sus extremosidades.

Fué más tarde, a lo largo de los siglos XIV y XV, siglos de decadencia y descomposición del Medievo europeo, que en Provenza y Lenguadoc, y en manos de los Gersónides y Narbónides, se aguzó un racionalismo exacerbado, tangente al del averroísmo latino, el de las dos verdades; y, sobre todo, fué en la Italia renacentista y pagani- zada de fines del siglo XV y principios del XVI, cuyas academias se ensayaban en nuevos sincretismos, donde fué madurando aquel racionalismo, tanto entre cristianos como entre judíos. Y así, mientras las Juntas de Venecia prodigaban las ediciones de Averroes y la filosofía de este autor cordobés tenía sede oficial en la Universidad de Padua, el averroísmo latino encontraba amplios ecos en autores hebraicos como Elia del Medigo, el amigo de Pico della Mirandola. Ello ocurría mientras un pragmatismo político, un maquiavelismo, de raigambre anti- bíblica, aventaba las recatadas auras medievales. Las corrientes fueron hinchando su curso, y fué allá, en las marismas bálticas, bajo el cielo nebuloso de la Amsterdam protestante, donde aquel racionalismo rasgó despiadadamente las últimas fibras de un Spinoza. Espanta ver cómo todos los veneros cordiales que burbujean en la Biblia se agostaron en aquel páramo frío y desolado del racionalismo spinoziano. Diríamos que de Oriental sólo le queda el extremado radicalismo, que no se satisface sino con reducir la vida del Dios bíblico inefable a los moldes de una fórmula geométrica, mientras concede al Estado, como forma de la divinidad, un poder absoluto.

Frente a esta corriente intelectualista y haciendo como contrapartida con ella, hubo siempre en el seno de la Sinagoga un más numeroso sector de israelitas de religión más acendrada, aquéllos cuya vida era más introvertida, a quienes no les agradaba moverse fuera de las fronteras del Judaísmo, sino que con predilección trillaban las sendas del Santuario, que se ungián con los bálsamos ~~maxia~~ destilados, un día, entre los jardines de Sarón o los oteros de Galaad, y que centraban sus amores en torno a Sión, hecha peana del Altísimo y mirada de los pueblos. Por encima de las innovaciones de los siste-

mas en moda, sentían profunda y fielmente a su Dios, su historia y su pueblo. ~~XXXX~~

Aún a trueque de aparecer, a veces, como reacios y abroquelados en sus viejos parapetos, ellos ponían el testimonio de la tradición bíblica sobre sus cabezas. De esta manera su polo se movió siempre en torno a la imagen de Jerusalén, sus temas fueron los de la Biblia: efusiones himnicas de loanza y gratitud a Dios, súplicas fervidas de contrición y humildad, fluencia de mociones de fe y de esperanza, rendimiento amoroso. En verdad, el estilo de aquellas efusiones es el mismo que el de los salmistas: tierno, sublime, popular, para ser entonado y repetido por multitudes de amplios ecos.

Puede decirse que, siguiendo el ejemplo de los salmos, aquellas efusiones eucarísticas y precativas florecieron junto al ara del santuario, para dar vida a una liturgia en la cual se cifraba el supremo consuelo del alma que, de por siglos, apuraba las hieles del destierro. Fué principalmente en Jerusalén y en las florecientes comunidades de la Galilea, ~~XXXX~~ sujetas a los emperadores de Bizancio, donde primeramente se condensó esta primera materia poético-litúrgica; en todo caso, ya hay nombres de poetas litúrgicos consagrados en el momento de la conquista de Jerusalén por los árabes (636), por ejemplo, Yosé, Yannay, de cuyas poesías tanto material nos ha conservado la Guenizá. Estos primeros vagidos poéticos, si bien atestiguan la supervivencia de una tradición trabajosamente conservada, son aun ensayos muy vacilantes; sus autores se resienten de la falta de un instrumento adecuado, vehículo de sus emociones. El hebreo, tanto el bíblico como el mishnico, estaba suplantado por el arameo y, por otra parte, era preciso modelar nuevas palabras, nuevos giros para dar ~~XXXX~~ expresión a los nuevos conceptos derivados de la literatura talmúdica, midráshica, filosófica o cabalística. Pero estos primeros poetas palestinenses abrieron camino y pusieron las bases para que luego en Italia (Oria) y sobre todo en España, en la antigua Sefarad, floreciera una nueva y admirable poesía. En la España árabe, con su ambiente poético, literario y fi-

losófico , se restauró entre los judíos españoles una depurada lengua hebrea, enriquecida con una nueva temática, con ritmos de alcurnia árabe, una renacida lengua hebrea muy adecuada para ser vehículo de una gran poesía.

En consecuencia, podemos decir que, en líneas generales, la poesía religiosa hebraicoespañola, en su fondo y forma, guardó fidelidad a la tradición de la poesía bíblica, y que con toda seguridad

debe a ello su éxito feliz y perenne entre las generaciones israelitas. En España floreció espléndidamente, durante tres siglos, del XII al XIII. En los altos horizontes, diáfanos y cristalinos, de Castilla, como si fuera otra Sión, y en los valles ondulados y azules del Levante español, talmente otra Galilea, floreció con nueva juventud, como un canticum novum, la vieja poesía bíblica. Luego declinó, con la decadencia de las aljamas, y al ser expulsados de España, con la hermosa lengua española, sus canciones y romances, se llevaron también aquella gran poesía, cuyos ecos ya les habían precedido por doquier. De este modo, en el Próximo Oriente, sometido entonces al turco, desde Salónica por Esmirna a Rodas, y en general en todo el mundo sefardí, se mantuvo el culto de aquella poesía hebraicoespañola, religiosa y profana, asociada, a menudo, a la música de canciones importadas de la lejana España; en los siglos XVI y XVII los cabalistas de Safed, en la alta Galilea, guardan como fuego sagrado la tradición viva de aquella poesía, y hasta el Yeam y el más lejano Oriente se copian con veneración los cancioneros sagrados de origen español.